

de nuestros disentimientos con las otras personas encargadas de su formación. Miraremos como una falta, mentirle bajo cualquier pretexto; como una locura abusar de su candor; como un crimen, traicionar sus conmovedoras confianzas. Una vez ida la confianza, no vuelve en mucho tiempo y a quien no inspira confianza se le puede ceder por la fuerza, pero no obedecer. En la casa paterna, en la escuela, como en el reino de Dios, la única sumisión que debe ser, es aquella de los hijos, no la de los esclavos; ella brota más bien del corazón que de la razón.

La autoridad paternal y dulce no se contamina por eso de debilidad. Debilidad y autoridad son palabras que se excluyen. Las órdenes, una vez dadas deben revestir el carácter inmutable de las leyes de la naturaleza. Antes de darlas es que hay que reflexionar y preguntarse, no solamente si son legítimas sino también si son necesarias. Si no lo son, absteneos.

Nada disminuye tanto la fuerza de la autoridad como usarla demasiado. No hay quizá peor abuso en educación. Jamás se deja al niño tranquilo, sobre todo en la primera edad.

Mirad en un jardín público, a los pequeños que llevan las jóvenes madres o las niñeras. No pueden hacer un gesto, sin que se les pida otro, ir por un lado sin que se les diga que pasen a otra parte: «No camines tan ligero o tan despacio. Ponte más derecho. Ya se ha jugado bastante con el globo; salta ahora a la cuerda, etc.

Muchas veces al atravesar el Luxemburgo he escuchado tales diálogos o más bien monólogos, porque de ordinario el niño no responde y aun más, no oye nada; felizmente su filosofía deja pasar sin conmoverse la ola intemperante. La dificultad no comienza sino cuando, listo para jugar en un lugar, reciba la orden inaturalmente! de ir a divertirse a otra parte. En la lucha que en tal ocasión no deja de entablarse, entre su devoto tirano y él, es el niño quien queda casi siem-

pre dueño del campo de batalla, y su resistencia victoriosa confirma una vez más el proverbio alemán, de que para hacerse estimar, hay que mostrarse raras veces: *willst du was gelten, so mach dich selten*. A la mayoría de los educadores podría decirseles: «Os quejáis con razón de las dificultades sin número que complican vuestra tarea. Queréis el medio muy sencillo de suprimir de un golpe la mitad de ellos? Suprimid la mitad de vuestras órdenes».

Y si la otra mitad está hecha de órdenes positivas, no de simples prohibiciones; si en lugar de abstención, propone un papel activo, lo que queda de dificultades, no tarda en desaparecer.

No digo que en la vida de los niños no se presente nada que se deba impedir. En lo que en ella se ve, oye o advina, hay, lo sé muy bien, multitud de acciones, palabras, actitudes, pensamientos y aun sentimientos que con razón uno se contentaría de no encontrar allí y los cuales es nuestro deber eliminar. Así pues, que se trabaje por hacerlos desaparecer; pero que se trabaje para ello de la manera más conveniente: sustituyéndolos con algo más atrayente y que desvíe en provecho suyo la actividad llevada por un mal camino. Aquel a quien se prohíbe simplemente tal cosa o tal otra, continúa pensando en ello aun cuando esté dispuesto a obedecer; y la tentación se prolonga aumentando la dificultad. Proponedle, por el contrario, algo completamente distinto, llamad a otro lugar su atención y la idea anterior abandonará su espíritu, llevando con ella su peligrosa seducción. A los alumnos distraídos por el ruido de la calle, no les digáis que no le pongan cuidado; redoblad el interés de vuestra demostración; hacedles comenzar un trabajo nuevo. Al niño que maltrata las flores o los animales, no os contentéis en mostrarle la fealdad que hay en semejante conducta: dadle un pedacito de jardín, confiad a su cuidado la jaula de los pájaros.

Es lo que William James, en el final